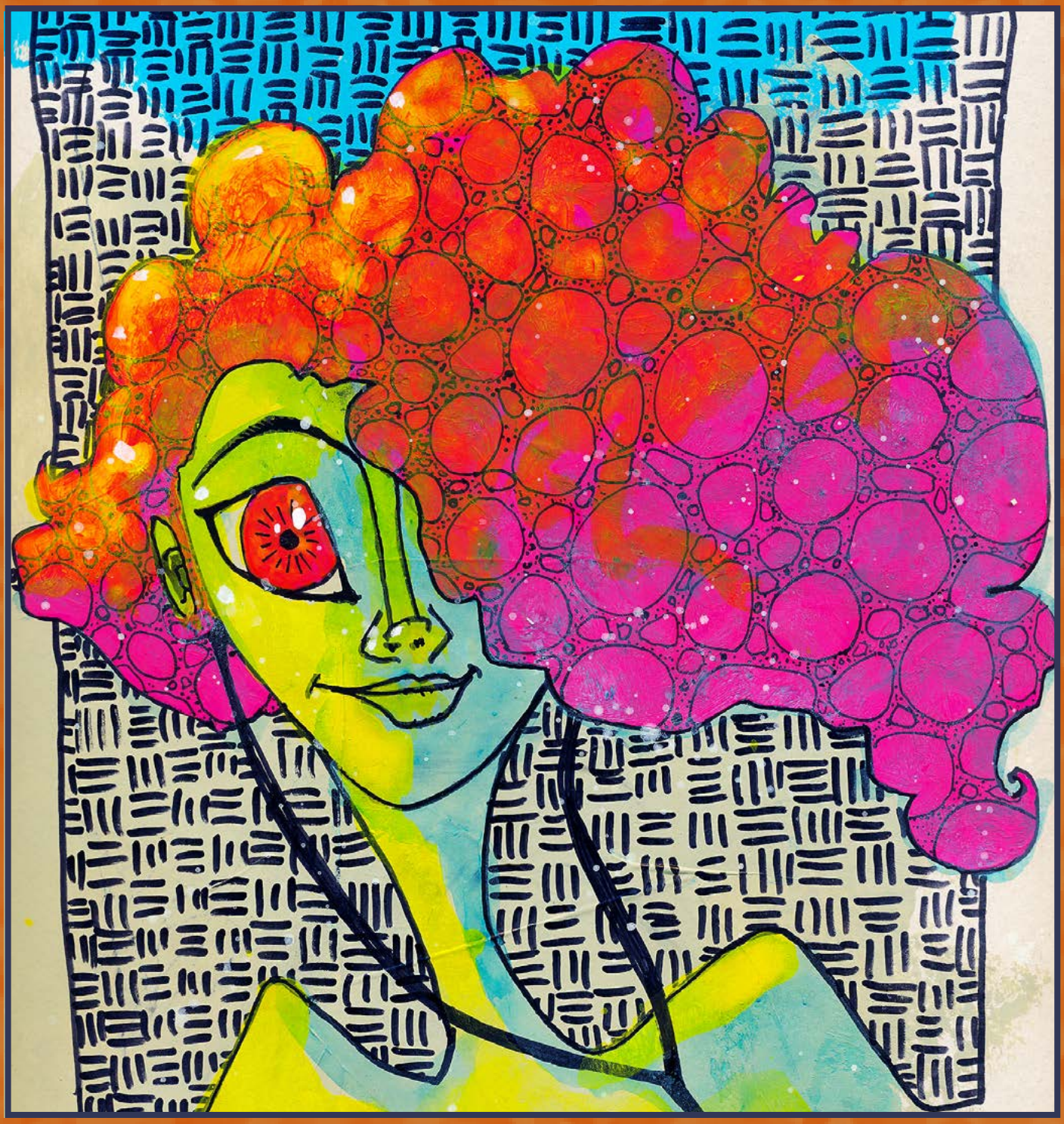


Joven, 20 x 30 cm. acrílico sobre papel.

SECCIÓN

EL AMOR EN EL ARTE Y OTROS DISCURSOS

EL AMOR ENTRE (NOSOTROS) LOS IDIOTAS

Alberto Palasí

Doctor en Artes	Licenciado en Ciencias Biológicas	Profesor de Enseñanza Media y Superior en Ciencias Biológicas
Docente e Investigador en la Facultad de Ciencias Humanas de la UNSL		

https://fchportaldigital.unsl.edu.ar/index.php/nudos

Nº2 ISSN: 2953-3341 Septiembre 2023

El amor cumple la función de una carretilla que empuja, arrastra al otro hacia algún tipo de devenir compartido, devenir objeto del goce del otro y sujeto gozante a la vez. La falta en ser provocada por la castración en su encuentro con el otro nos coloca frente a una imagen del otro siempre ideal, fantasmática y que se define necesariamente para no caer en la desesperación de lo real. A través del otro es que nos configuramos nuestro propio ser en sujeto/a que siente y desea. En una relación amorosa se avanza indefectiblemente hacia una construcción de discurso donde aparece la posibilidad de actuar nuestras propias conductas para que el otro tenga la posibilidad de ayudar, amar y continuar caminando. *Los Idiotas* es un texto dramático de Carlos Liscano (2003) de dos personajes, Ke y Ku donde, en su prólogo, Liscano habla de "Dos hombres de edad indefinida entre 30 y 50 años" (Liscano 2003, p. 2) pero podrían ser del género que se nos ocurra y la relación amorosa que imaginemos, debido a que en el desarrollo de la obra no existe ninguna referencia que nos obligue a definir estos aspectos. Dos personajes uno/a tira del otro/a y su conducta elemental es ser o hacerse los idiotas para continuar con su acción.

> Ku no es idiota, se hace el idiota para que Ke lo arrastre. Ke tampoco es idiota, se hace el idiota porque le gusta arrastrar a Ku. Ke y Ku ya llevan años en el camino y, en general, la vida los ha tratado bastante bien. Cada uno tiene su modo peculiar de hacerse el idiota. Nunca confunden los papeles. Cada uno sabe que el otro se hace el idiota, pero como le conviene, lo deja hacer. Además, para que uno vaya haciéndose el idiota de cierta manera, el otro también debe hacerse el idiota de cierta manera, si no nada funcionaría. En la práctica de cada día, tanto Ku como Ke deben hacerse los idiotas dos veces, una vez para mantener la conducta elegida, y la otra para no enterarse de que el otro va haciéndose el idiota. No es nada simple (Liscano, 2003 p. 2).

Este párrafo en el pequeño prólogo nos dice que hay una peculiaridad de hacerse el idiota de cada personaje que conviene en la relación, conviene para que siga esta suerte de convivencia beneficiosa para avanzar. Además, cada uno/a "sabe que el otro se hace el idiota". Existe entonces una familiaridad con la idiotez del otro que, *como en una actuación*, cada uno representa su papel sabiendo que el otro *se hace* para seguir manteniendo la relación.

Ahora ¿qué es hacerse el idiota?, cómo podemos pensar esa conducta en esta obra de teatro, o quizá, un poco más allá, en la obra de teatro de toda relación amorosa.

> …para Freud, nunca un sujeto está más en riesgo que cuando ama, pues allí, queda a merced de la voluntad y del goce del Otro, cosa que no ocurre sin dejar al sujeto frente a la angustia de la posibilidad de perderlo y/o de perderse en él, quedando entonces en el estatuto de puro objeto para aquel que ama (Manjarrés y Martinez Franco, 2018, p. 319).

Podemos pensar que parte del goce es el de hacerse el idiota, el de actuar determinadas situaciones, representando un no saber, no entender, para que el partenaire quede en la posición angustiosa de una posible pérdida, de un posible abandono. Si esas conductas, o actuaciones son entendidas, porque "cada uno sabe que el otro se hace el idiota" se convierte en un juego de seducción que puede es-

Nº2 ISSN: 2953-3341 Septiembre 2023

tar al límite o no de la pérdida. Es el juego de toda relación de amor, de pareja, el juego de sensación de pérdida y de nuevo encuentro. La primera situación de la obra nos muestra el juego que va a poner en peligro siempre todo avance:

> KE: ¡Vamos, por favor, sigue, Ku! No quiero volver a repetírtelo. No me obligues. *(Ke lo acaricia, le sugiere que siga, lo agarra de la ropa. Le da un golpe en la cara con la mano abierta. Ku se mantiene en lo suyo. Ke se pone en cuclillas junto a Ku, lo mira).* ¿No quieres marchar? ¿Piensas quedarte aquí, eh? *(Le da con el puño en la cara)* Es eso lo que quieres, ¿verdad? Y piensas que yo lo voy a consentir, que te quedes ahí y yo tenga que seguir solo, ¿no? No lo conseguirás. *(Lo arrastra del pelo. Ku no tiene más solución que ponerse de pie. Cuando Ke cree que Ku empezará a caminar, Ku se acuesta en el suelo. Ke lo mira un instante, en silencio. De pronto, sin aviso, Ke se aleja unos metros. Mira el cielo, pensativo. Después de unos segundos Ku advierte que Ke no actúa, y reacciona desde su posición acostado en el suelo)* (Liscano, 2003 p. 3)

Ke se obnubila (o hace que…) con una golondrina, traslada su atención a otro objeto de goce, pierde la golondrina y la quiere volver a verla. Ku se ofusca por esta acción de Ke y quiere, ahora sí continuar la marcha:

> KU: Ya va a aparecer, Ke, no te preocupes. O aparecerá otra. Hay muchas. En primavera siempre hay cantidad de golondrinas. (Ke no contesta, busca en el cielo, por encima del bosque.) ¿Me oyes? (No obtiene respuesta.) Hay muchas golondrinas, no tienes por qué preocuparte. Si no ves ésa, verás otra, muchas más. Mira otra golondrina y sigamos. (Ke no contesta.) ¿Entiendes lo que te explico sobre las golondrinas? (Silencio.) ¿Entiendes o no? (Liscano, 2003, p. 4).

El desenlace de todas estas preguntas, de todas estas idioteces es el cansancio de Ke, él no quiere arrastrar más, pero sigue siendo una actuación que provoca la angustia de Ku.

> KU: Bien, algo te pasa, de acuerdo. Entonces sigamos y por el camino trataré de ayudarte a saber qué te pasa.
>
> KE: Ku.
>
> KU: ¿Sí?
>
> KE: Creo que no quiero seguir.
>
> KU: ¿Y eso por qué? ¿Por la golondrina? ¿Qué te ha dado ahora?
>
> KE: Nada. No me ha dado nada, Ku. Pero me parece que no quiero arrastrar más (Liscano, 2003, p. 7).

Luego Ke le pide a Ku que se ponga en su lugar y Ku le demuestra que eso es imposible, la imposibilidad de entendimiento del otro surge como inevitable en la relación amorosa, no existe en ningún momento entendimiento, no existe completud y no existe posibilidad de relación, sólo la ilusión de conocer al otro conociéndose uno.

> KE: ¿Te cuesta tanto ponerte en mi lugar?
>
> KU: Es que lo hago, Ke, y no me lo imagino. Cuando me pongo en tu lugar para este caso específico, no encuen-

Nº2 ISSN: 2953-3341 Septiembre 2023

> tro nada parecido a “estoy hablando en serio”.
>
> KE: Inténtalo otra vez.
>
> KU: Lo intento. Lo intento, pero no me sale.
>
> KE: No sé si lo intentas.
>
> KU: Y tú, ¿tú intentas ponerte en mi lugar, aquí, en el suelo, esperándote?
>
> KE: Ya no sé nada, Ku. ¿Estás esperando algo de mí? (Liscano 2003, p. 9)

Hacerse el idiota también les permite a estos personajes la reflexión idiota, la reflexión que no tiene sentido, el sentido de la vida, continuar caminando o no, avanzar o quedarse quietos. Esto es lo que propone Ke luego de convencer a Ku que lo arrastre. Hacerse el idiota también es ser idiota, buscar por qué avanzamos en el sin sentido es una idiotez para Ku.

> KU: Bueno, es que nadie vive de ese modo, como te lo imaginas, a fuerza de saber. Para vivir es mucho más lo que se da por supuesto que lo que se sabe. Si hubiera que saber, uno no viviría, se quedaría quieto, ausente. En la nada. Es eso lo que te pasa, que te pones a tratar de saber y te quedas en la nada.
>
> (…)
>
> KE: Lo acepto, Ku, pero igual me ocurre. No puedo evitarlo. Yo pienso y me quedo tan quieto, tan quieto, que me viene vértigo de moverme a tanta velocidad. Entonces es cuando se me formula la pregunta, ¿me muevo o me quedo quieto? Cuando no pienso estoy en constante movimiento, Ku, tú lo sabes. Hago cosas con las manos, muevo los ojos, los labios, las piernas, las cejas. Acumulo movimientos de tal modo, simultáneamente, que me doy cuenta de que, en realidad, no hago nada. Me muevo y me muevo y me muevo y no hago nada de nada. Estoy paralizado (Liscano 2003, p. 13).

Entonces, hacerse el idiota, en este sin sentido que es la vida, no es más que una demanda de amor y un proceso que se da a nivel imaginario a través de la anulación de lo simbólico. También es la anulación del propio deseo que implicaría una demanda permitiendo dudar sobre si el otro lo ama, poner en evidencia que, más que deseo por el saber del deseo del otro, es un grito que, frente a la imposibilidad de tramitar su propio deseo, se interpele al partenaire para que lo haga. El encuentro y el tránsito con el otro es siempre incompleto y la actuación haciéndose el idiota de cada uno/a de estos/as personajes es el grito de atención que provoca la sujeción, la reacción del partenaire hacia algún movimiento que le de significación a significantes sin rumbo.

Referencias Bibliográficas

Alfonso, F. J. (2017). *Poética dialéctica entre idiotas. El Pacto de Fausto.* https://el-pacto-de-fausto.webnode.com.ar/news/poetica-dialetica-entre-idiotas/

García Manjarrés, J. E.; Martínez Franco, D. (2018). *Reflexiones sobre el amor en psicoanálisis: una lectura a la enseñanza de Freud y Lacan.* Palobra (Vol. 18). Javier Hernández García, Dora Piñeres de la Ossa. https://revistas.unicartagena.edu.co/index.php/palobra/issue/view/156

Lacan J. (1999) *Seminario 1 Los escritos técnicos de Freud.* Buenos Aires: Paidós

Liscano, C. (2003) *Los Idiotas*. CELCIT. Buenos Aires: Centro Latinoamericano de Creación e Investigación Teatral.